CAPÍTULO LXXIV. *De cosas en que el emperador Motecuhzuma mostró su grandeza, y se dicen algunas costumbres suyas*

IEMPRE LA LIBERTAD, QUE NO CONOCE SUPERIOR, vuela tanto que no parando en medios moderados se encumbra en lo más alto que sus fuerzas pueden. Esta altiva condición mostró el arrogante Motecuhzuma con las gentes de sus reinos; y vino a hacerse respetar tanto que ya casi no parecía hombre en la reverencia que le hacían, sino un dios adorado; porque ningún plebeyo le había de mirar a la cara, y si lo hacía, moría por ello. Cuando entraban en su palacio real todos habían de ir descalzos y los que iban a negociar con él habían de entrar vestidos con mantas groseras; y si eran grandes señores, o en tiempo de frío, sobre las mantas buenas que llevaban ponían una pobre y muy gruesa encima, con que las cubrían (porque no se habían de mostrar grandes en su presencia), y cuando le hablaban era con mucha sumisión y humildad, los ojos muy bajos al suelo, sin levantarlos para mirarle; y si él respondía era en voz muy baja que apenas parecía que movía los labios, y esto era pocas veces porque las más veces tenía junto a sí una persona que respondiese de los continuos de su cámara, que eran a manera de secretarios; y esto fue costumbre no sólo de este gran rey Motecuhzuma sino de otros reyes también. Y dice el padre fray Toribio Motolinía que vio usar esto en los principios no sólo en los que se preciaban de reyes sino a otros señores de particulares provincias (que lo habrían tomado de ellos para estimarse y engrandecerse con los suyos) y cuando oían toda la razón no respondían sino ajá, que quiere decir sí o bien está; y esto que apenas se oía. Esta costumbre de no dar respuesta los reyes por sí mismos sino por segunda persona, dice Justino[1] que comenzó en los babilonios o asirios después que reinó en ellos Nino; por haberse encerrado y ocultado de los hombres y metido en la compañía de las mujeres; el cual para los negocios que se ofrecían en sus reinos los despachaba por terceras personas; y de esto, que entonces fue vicio, quedó después por autoridad, y de ésta usaban estos indios.

Cuando salía de su palacio no iba en sus pies sino en andas levantado en hombros de señores, y si había de bajarse de ellas le ponían una alfombra rica donde pisase; acompañábanle muchos señores y principales del reino y toda la gente que estaba en las calles o caminos le hacían profunda reverencia y acatamiento, humillándosele sin levantar los ojos para mirarle y estaban, hasta que pasaba, de aquella manera muy caídos sobre sus rostros; teníanle grande reverencia y temor todos, así nobles como plebeyos, porque era muy severo y cruel en castigar a los que faltaban en sus mandatos. Jamás se vestía un vestido dos veces, ni comía ni bebía en una vasija o plato más de una vez, porque todo había de ser siempre nuevo; y de lo que una vez se había servido, dábalo luego a sus criados, que con estos continuos percances andaban muy bien vestidos y ricos.

[1] Just. lib. 1.

Era en extremo amigo de que se guardasen sus leyes y acaecíale, cuando volvía con victoria de alguna guerra, fingir que iba a alguna recreación y disfrazábase para ver si por no pensar que estaba presente se dejaba de hacer algo de la fiesta o recibimiento; y si en algo se excedía o faltaba, castigábalo sin remedio. Para saber cómo hacían sus oficios sus ministros, también se disfrazaba muchas veces y aun echaba quien ofreciese cohechos a sus jueces o los provocase a cosa mal hecha; y en cayendo en algo de esto eran luego sentenciados a muerte y morían sin reparo; no curaba que fuesen señores ni deudos ni propios hermanos suyos, porque sin remisión moría el que delinquía. Su trato con los suyos era poco; raras veces se dejaba ver y estábase encerrado mucho tiempo pensando en el gobierno de su reino.

Asimismo tenía para su recreación muchos jardines y vergeles y en ellos sus casas y aposentos (como en otra parte decimos). Tenía peñoles cercados de agua y allí mucha caza, bosques y montañas cercadas; y de éstas hay una en el pueblo de San Pedro Atlixco, dos leguas de la Villa de Carrión y veinte de esta ciudad, hecha en unos grandes pedregales y malpaíses, que cogen gran parte de aquellas faldas del volcán (la cual he visto y la ven todos los que por allí pasan) que dicen era para recoger los animales fieros que por allí había y traían de otras partes, y de aquel lugar se traían a las casas de esta ciudad, donde los tenían recogidos. Tenía en todas estas partes sus aposentos muy barridos y limpios, aunque jamás hubiese de entrar en ellos, porque de gente de servicio era como el mayor señor del mundo. Tenía grandísimo cuidado de que estuviesen barridas y limpias las calles y calzadas de esta gran ciudad, y era en tanto extremo que apenas se veía cosa sucia en ellas (bien al contrario de como las tenemos ahora), y por donde quiera que había de pasar este gran señor era tan barrido y el suelo tan asentado y liso que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la de la mano no se lastimara, ni recibiera lesión ninguna. Por consiguiente manera hacía tener grandísima cuenta con la limpieza de los templos y así estaban todos limpios como si fueran tazas de plata; y sus casas y suelos no sólo estaban muy encaladas y blancas, mas muy bruñidas y lúcidas; y cuando en ellas hería el sol relumbraban como plata, y a cada fiesta principal que había se renovaban y parecían hechas de nuevo.

Tenía por opinión que la gente ociosa no podía hacer cosa buena y que estaba dispuesta para todo mal y daño, por esto traía a las gentes de sus reinos muy ocupados. A los que eran para la guerra los traía siempre en ella; a los que no, los hacía servir en las cosas del ministerio de la república; a unos labrando las tierras para los panes y a otros en otros ministerios, según ocurrían las necesidades en los oficios que había. A los que por muy pobres o enfermos no se podían ocupar en nada hacía que se ocupasen en coger piojos y que esto tributasen porque no les faltase en que entender. Del emperador Commodo, de Roma, dice su historia que comenzó a plantar viñas y dio licencia a los franceses y a los panonios para tenerlas; y porque no anduviesen ociosos y baldíos los caballeros, militares y soldados, el tiempo que no había guerras, los hacía ocupar en la plantación de las viñas

y en cultivarlas y que esto pasase por sus manos y no por las de sus criados; y con esto los tenía divertidos y fuera de pensamientos ociosos que siempre la semejante gente los encamina a cosas de descomposición; pues esto era lo que este prudente indio hacía en su república por excusar a los suyos de que cometiesen algún mal por ocasión de andar ociosos y holgados.

Tenía en su corte (de todas las provincias que había conquistado) hombres principales repartidos en casas proprias, que llamaban de comunidad, para la asistencia de los de aquellas provincias, donde venían a parar con los tributos y otras cosas que les eran pedidas. Y había señores asistentes en ellas y cuando se ofrecía algo para aquella provincia eran llamados los asistentes de ella que residían en esta corte y tomando razón del caso, despachaban a sus pueblos. De aquí debió de quedar la costumbre que aún hasta ahora ha durado de haber casas de comunidad en estas dos partes de Mexico y Santiago Tlatelulco, de muchos pueblos de esta gobernación donde vienen a parar cuando por algún negocio vienen a esta corte a traer sus tributos, cuando los traían a ella, aunque ya se usa esto muy poco, porque está remitido a otras personas y justicias por inconvenientes que se han hallado.

Era providentísimo en saber gratificar los servicios que los hombres valerosos y valientes capitanes habían hecho a la república; y así tenía dedicado el pueblo de Culhuacan (que es en esta laguna, dos leguas de esta ciudad, del cual tantas veces hemos hecho memoria) para que en él se recogiesen todos los hombres viejos e impedidos que se habían ocupado en guerras o en su servicio o que otras legítimas causas moviesen a ello, y tenía dado orden de que allí los sirviesen y regalasen como a gente estimada y digna de todo servicio (que no sería pequeño gasto, este que con ellos se haría), aviso por cierto digno para los reyes y príncipes del mundo que se sirven de sus vasallos para las cosas de su honra y conservación de su alta y soberana majestad; porque así como aquéllos ponen sus vidas a riesgo y peligro de perderlas, por sólo su servicio, es bien que lo reconozcan y que si cuando tuvieron fuerzas para servirlos lo hicieron, que cuando ya les falta y están imposibilitados y totalmente impedidos tengan refugio cierto en aquellos a quien sirvieron. Ésta fue piadosísima providencia (según escribe Plutarco)[2] de los atenienses, entre los cuales había ley que los que hubiesen cegado o perdido los ojos en la guerra fuesen servidos y regalados en la república como dignos de todo servicio, por haberse opuesto a los enemigos en defensa de su patria; pues es cierto que nuestro Motecuhzuma nunca leyó esta ley en los códigos o anales griegos; pero leyólo en los libros de la buena razón y como enseñado en ella lo mandó y ejecutó.

[2] Plutarcus in Vita Salonis.